

conversion para con el Señor Virrey, y la adelantó hasta su cabal estado; pues no faltaba mas que S. E. firmara el decreto: pero quien podrá escrutar el abismo de los divinos? pues siendo estos de infalible efecto, se suspendió el de la reduccion de los Indios como humano, y con solo el motivo de un orden del Rey, para que pasasen á España el Señor Virrey y el Señor Visitador; pues para que fuesen consecuentes al dicho decreto sus ulteriores providencias, pidió el Señor Fiscal se suspendiese el expediente para el nuevo gobierno, por lo que el Procurador se retiró al Colegio.

Habia tambien representado el P. Fr. Mariano al R. P. Guardian y

Discretorio los graves y habituales accidentes que lo tenían sumamente mortificado, é imposibilitado para proseguir sus laboriosos viages ni aun á caballo, y les suplicó rendidamente que nombraran otro Presidente, que pudiera satisfacer las obligaciones del cargo; y como se esperaban de un dia á otro los despachos y providencias para la fundacion de las Misiones del rio Gila, segun el estado en que se consideraban como seguras y próximas, dieron al P. Fr. Mariano el consuelo de poner Presidente nuevo, y despacharon al P. Fr. Joseph del Rio con otros cinco Ministros supernumerarios, para que estuvieran prontos quando llegaran los despachos.

CAPÍTULO XVII.

Nuevo viage que hizo el Padre Garzés á los rios Colorado y Gila en el año siguiente de setenta y uno.

ANTES que los Religiosos llegaran á la Sonora, habian corrido en ella las noticias del favorable decreto que para la fundacion de las nuevas Misiones se habia suspendido, pero no se decia, sino que estaba ya expedido, y se aseguraba la fundacion como una cosa ya determinada y segura: sobre este principio le pareció al P. Fr. Francisco Garzés ser necesario ir á prevenir á las Naciones con quienes las tenia propaladas, y reconocer los parages que tenia vistos para informar mejor á los que hubieran de ejecutarlo segun el estado actual de los Indios, y de las proporciones necesarias al acierto: con esta intencion comunicó sus designios al Padre Prefecto y Presidente de las Misiones, el que con

la experiencia de los bueros efectos de sus viages antecedentes, y la proximidad de los nuevos Ministros, para que no quedara sin él la Mision de San Xavier, le dió su anuencia para hacer el que le proponia de nuevo.

Era necesario que lo hiciera solo y sin aparato de escoltas y le Soldados; y sabiendo que esto se murmuraba, diciendo que era teneridad emprender tales viages, yendo solo sin provision de bastimento y por los Yumas que los repugnaban, su intérprete, y expuesto quando méos, á perder la salud ó la vida, ó por la hambre, ó por el enojo de aquellos bárbaros; pero el Padre haciéndose cargo de cada una de estas razones, procuró satisfacerlas sincerado su proceder con aquella sencillez que

es nota de una intencion recta, y de la confianza que estriba en la soberana Providencia. «A la presente, dice en su Diario, no se pueden tomar otras providencias para mi entrada; pues no hay que hablar de pedir escoltas y de hacer gastos á las Misiones, y era menester superar muchas dificultades y ruidos, para hacer concurrir á los Soldados bastimentados, y sacar hijos, bestias y bastimentos de las otras Misiones, por no haber otro modo de subministrar estos necesarios, y yendo yo solo, me ahorro de muchos cuidados y ansias, para dar de comer á tantos familiares, y sin otros impedimentos para lo que se ofrezca: porque como mienten mucho los Indios, es menester valor para pasar á delante, y éste no lo tienen ellos, y en el mayor peligro dexan al Misionero solo, ó lo obligan á desamparar su empeño: por lo que en el caso de ir con escolta, deberá ser numerosa, bien bastimentada, y muy arreglada á todas las circunstancias de la entrada: Solo, y estribando en el puntal de la Providencia divina, lo llevan á uno sin rezelo, son ménos dificeles para avisar de las Rancherías, agujas y caminos; es verdad que no lleva tanta autoridad el Ministro, pero así lleva mas menosprecio, humildad y pobreza, que parecen mas aptas para empeños de tal calibre.

«Los Yumas son Indios muy dóciles, y de malas armas, muchos no llevan arco, y si lo llevan es mal dispuesto, y con dos ó tres flechas: son muy amorosos, y demasiadamente liberales: los elotes, calabazas, melones y sandias muy regaladas, atole y pan de maiz, y semillas preciosas, pescados, ratones, lagartijas especiales: aves, raizes de la tier-

«ra y frutos de los árboles silvestres, me sobran; por lo que se puede andar mejor por los Yumas, que por otras Naciones del rio arriba. Solo una cosa ridicula me sucedió entre ellos, á mas de los bayles que son al compás muy violento, que hacen con un guage con piedrecillas, y canto muy ayroso, que en todas partes, y no una vez, me ponian mugeres delante, con señas de que fuese con ellas, y hubo veces que ellas mismas me preguntaban con acciones muy feas, si yo no comerciaba con las mugeres como sus hombres. Y poniendo yo la vista en el Santo Christo que llevaba al pecho, y levantándolo al Cielo, les significaba que en ese particular no vivia yo como ellos, de lo que resultaba hacerme mas cariño, y mas concepto de una cosa que para ellos era muy particular. Para no tener quebranto en la salud ó la vida, procuraba no alejarme de la agua mas trecho del que podia aguantar, y ellos me dieron un cantarito para llevarla: tambien cargaba lo que me sobraba de sus comestibles, á mas de que la pepita, tornillo y varios quelites le asientan bien á mi estómago: de modo, que hago juicio hoy dia no estuviera en San Xavier, si no hubiera hecho las dos jornadas antecedentes, que me dieron la vida.»

No siendo posible llevar intérprete por la variedad de idiomas, solo se acompañó de un Indio Papago, que entre los suyos era muy respetado, y llevando en un caballo los recados para decir Misa, salió de la Mision de San Xavier el día ocho de Agosto del año de setenta y uno, y tirando al Poniente, fue visitando muchas Rancherías, en las que les predicaba la palabra divina, decia Misa,

y bautizaba los que lo necesitaban por estar en grave peligro: Tal era en el que halló el día once á una muger viejísima, y que le pareció pasaba de cien años, la catequizó y bautizó con gran consuelo suyo; el mismo tuvo al siguiente día en el Pueblo de Ati, donde bautizó dos adultos y algunos párvulos: el quince entró en el de Cubac, en donde lo recibió muchísima gente, y le franquearon de sus regalos, cosa extraña entre los Papagos, que solo acostumbran llorar miserias: al otro día después de la Misa, á que asistieron todos, y muchos Pimas, les predicaba con Intérprete, y entre otras muchas cosas, les persuadía que tuviesen paz con las Naciones vecinas, y que mientras no les hiciesen mal, no las causarían daños; pero el Intérprete, que era el Fiscal, fiado en que el Padre no lo entendía, y conociendo á los suyos, les decía que los Cocomarcopas eran malos, y que peleasen con ellos, que los Yumas eran buenos para los cambalaches, y que tenían buen corazón; pero percibiendo el Padre la infidelidad del Intérprete, dice: «fue menester bastante para no enfadarme y detener la risa, para hablar yo mismo, aunque con quatro, y me desengañé, que mientras no se entienden los Indios, ni ellos entienden á uno; vá el Ministro vendido, y expuesto á mil engaños.»

El diez y seis le habló el Padre al Gobernador de Sonoí, y le declaró la intencion que tenía de ir á los Yumas, y le pidió dos para guías; pero á la noche en las ruedas ó juntas á que el Padre los convocaba para proponerles las verdades católicas, é inefables Misterios, pusieron los viejos insuperables dificultades, que á no ser el Gobernador tan bueno, y el Padre inflexible en sus resoluciones, no

hubiera proseguido su intento; pero salió y llegando á una Ranchería les dijeron los Indios que ellos se habían venido allí, porque adelante se había acabado toda la agua, por lo que los guías ya no querían ir con el Padre; pero se les cerró de duro, y con mucha repugnancia caminando al Poniente, salieron á un sembrado de calabazas, pero estaba desamparado por no haber agua: con esta penuria caminaron por la sierra que fue volcan de Santa Clara, y largos arenales, hasta el día veinte y dos, que salieron al río Gila, en parage despoblado, pero de hermosas alamedas, que dentro de la agua apenas dexan ver el río: á poco trecho se vió otro río caudaloso, conjeturando sería el Azul, que entra en el Gila, y andando todo el día, poco ántes de ponerse el Sol fueron sentidos de unos Indios que viven á la otra banda, llamados Noraguas: éstos los obsequiaron mucho, y el Padre quisiera pasar la noche con ellos; pero los Pimas guías tiraban á ver á los suyos, y le dixerón que aquella gente no era buena, y hurtaría lo que pudiera si se quedaban á dormir con ella.

El día veinte y tres concurrieron muchos de la otra banda á ver al Padre, y tambien de abaxo, con los que vino el Gobernador de los Pimas, que en su traje lo representaba, y le trajo al Padre un regalo de maiz, y con mucho obsequio se le ofreció para acompañarlo: hasta su regreso: todo se lo agradeció, y le dió de lo que llevaba: dixóle el Padre que le llevase al río, y aunque vió ser muy caudaloso, pero deseaba ver el Colorado, por lo que se encaminó hácia abaxo, acompañado de innumerables gentes que le hacían parar, y le daban de comer. Como le había dicho al Gobernador que iba por ver el río Co-

lorado, él procuraba disuadirlo diciéndole que estaba muy léjos; pero era porque estaban peleados, y que aquel camino era muy arriesgado por los Quiquimas, y que aquellos Yumas no sabían de gentes, y que les cortarían las cabelleras, y sobre esto mandó venir mucha gente, y aquella noche hubo bayle y canto hasta amanecer. Todo era para entretenerlo, y que no pasase adelante, pero á los dos días ya se empeñó en ver si podía llegar al río Colorado: no se halló tal río, y el Gobernador le dixo que ya de allí adelante no había gente buena, y se retiró para su Ranchería. Los Indios guías, persuadidos de los otros Pimas, ya tampoco quisieron seguir al Padre, y aunque le acompañaba mucha gente, llegó aquella noche á una casa, donde la pasó hasta sin el manto.

Al otro día esperó un rato á los guías de Sonoaitac, y viendo que no parecían, salió guiado de unos nueve manecbos, que así que lo pusieron en el camino de los Yumas de abaxo, ya no se atrevieron á pasar á delante, y pensando el Padre que era cosa corta lo que faltaba, anduvo todo el día, y á la noche fue menester ya para beber, ya para comer el caballo, bajar á la playa, y los mosquitos le hicieron desamparar el sitio, y volver á desandar lo que había caminado, para buscar el manto: fue grande el gusto que los Indios tuvieron con su vuelta, avisaron á los Pimas que aunque estaban léjos, vinieron en tropas á verle: éstos le persuadían no volviese á buscar á los Yumas; pero el Padre estaba resuelto á ello, y no pareciendo los guías de Sonoaitac partió solo, y caminando dos días entre Sur y Poniente, el día treinta se le atascó dos veces el caballo, de suerte,

que ya lo daba por perdido, y se vió en tan apretadas circunstancias, que le obligaron á volverse á la Ranchería: increíbles eran las expresiones de los Yumas, y desde el día primero de Septiembre estuvieron firmes en que el Padre no prosiguiese en buscar á los de abaxo, por ser sus enemigos; pero no pudiéndolo reducir, y después de muchas altercaciones, ya le dieron uno para que le guiara.

El día ocho, después de haber bautizado un adulto y un párvulo en el último artículo de muerte, salió con alguna prevención; pero el Indio que lo guiaba quebró de intento el guage de la agua, y dixo que sin ella ya no se podía caminar: el Padre le decía que irían siempre cerca del río, pero á la siesta se tomó él un caballo y se revolvió aconsejado de los otros sus parientes, para que el Padre viéndose solo hiciera lo mismo: no fue así, porque prosiguió dos días, y encontrando huellas de muchachos, con mucho trabajo pudo dar con la gente, que siempre vive en los bosques, ó entre las lagunas del río. Fue grande la admiración de ver al Padre solo, y igual el concurso y cortejo con que le franquearon quanto tenían: prosiguió pasando por Ranchos, y viendo gran número de gentes hasta el río. El día doce fue viendo otros Ranchos, con sentimiento de los Indios porque no se detenía con ellos, y no ménos del Padre viéndolos afligidos, muchos heridos, y las casas quemadas, por haberles dado un cruel asalto los Quiquimas sus contrarios; pero ni á éstos les tuvo miedo, haciéndose el cargo de que la misma recomendacion llevaba para unos que para los otros, y durmió muy cerca del río: al otro día siguió un rastro y vió á la otra banda los humos, pero no pudiendo pasar

siguió río abaxo al Poniente, por juntarse ya este río de Gila con el Colorado, pero las lagunas y tulares no le dexaron proseguir su corriente, y caminó hácia el Sur.

El día catorce, pasado un hermoso llano, dió en unos charcos de agua y tierra muy salada, y sin poder penetrar hasta el río por las lagunas, entró en una playa muy grande, y andando algo al Oriente por buscar agua, no halló sino esqueletos de Indios, y calaveras de sus guerras, y viendo que ni agua, ni zacate, ni pepita, ni quelites se hallaban, volvió al Norte, habiendo andado lo mas de la noche, y al amanecer quiso descansar un poco, y el caballo se le huyó ensillado. No pudiendo ya cortar por donde habia caminado, tuvo por bien tirar al Poniente, y salió á un río muy grande, que le pareció mas que el Gila, y ménos que el Colorado. Aquí acongojado no sabia hácia á donde habia de tirar, por no haber que comer en aquella ribera, pues solo tenia una yerba parecida al cáñamo, y resolvió volverse camino derecho, y ya sin pensar el hallar el caballo, que daba por perdido, y andando por tulares y lagunas todo el día quince hasta anocheecer, dice en su Diario: «Sin duda mi ruindad no era para aquel trabajo, y encontré el caballo que vino por camino distintísimo del mio, y por los tulares y lodazales que dexé al Oriente.»

El día diez y seis se hizo juicio, que por camino derecho al Sur podia llegar cerca del desemboque, y ver á los Quiquimas, y á cosa de dos leguas encontró una mata de melon, y estando en este refresco, llegaron catorce Indios armados, y sorprendidos de ver al Padre, por señas le pre-

guntaban de donde venia, y á donde iba. Luego le dieron á entender el que los Quiquimas eran sus enemigos, y que si queria ir con ellos le darian de comer; y luego le ofrecieron pescado: entendiendo el Padre haber mucha gente, volvió atrás, y halló treinta y cinco Yumas pescando: comió con ellos, y dice pudo aprender de aquellos Indios lo que es humanidad, política y atencion, por el gusto con que le llevaron á su Pueblo, y el trabajo que tuvieron en hacer dos balsas cómodas para pasarle: luego que entró en él le cortejaron con bayles, cantares y visitas, de suerte, que no pudo dormir, porque no cesaron hasta tres quartos de hora ántes de amanecer. Al siguiente día diez y siete anduvo lo mas de él por Rancherías, rodeado como siempre de mucha gente; pero ésta ya no se atrevia á pasar mas abaxo, y solo pudo persuadir á un viejo le acompañase hasta la junta de los ríos: En la última Ranchería vió un niño muy enfermo y lo bautizó, y visto esto por los Indios, luego le traxeron otro para que hiciera con él lo mismo.

Caminando ya con el viejo, llegó uno muy alborozado, y por lo que dixo ya no quiso el viejo proseguir; pero el Padre, aunque solo, prosiguió su camino, y haciendo noche en él, al otro día dió en tantos tulares, lodos y lagunas, que pensó no poder salir de ellas, ni el caballo podia vencer tantos impedimentos, y á pie solo pensaba ya no mas que buscar modo de salir de ellos: en estas aflicciones pasó la noche, y viendo el siguiente día mayores dificultades, pudo tomar rumbo al Pueblo de donde habia salido, y entró en él con gran gusto de los Indios, que venian atropados por verle; y aunque algunos

le prometian sacarlo á los quatro dias; pero viéndose en la otra banda del río, se le hacia muy duro volverse sin ver lo que pudiera, y estando allí unos Indios del Poniente, salió con ellos y pasando una laguna, fue mirando muchos Ranchos, hasta que puesto el Sol paró en donde habia mucha gente junta: en este parage hizo sus acostumbradas juntas para instruirlos en el conocimiento de Dios, y de las verdades eternas.

Todo el día veinte y uno caminó al Poniente, siempre por Ranchos muy poblados, hasta una laguna que tiene muchas leguas de longitud: instó á que le pasaran, y haciendo los Indios balsa le pasaron; pero llegando á otra agua muy grande quiso hacer lo mismo, pero los Indios dixerón que estaba muy profunda, y por su grande inquietud no lo hicieron: le pareció al Padre ser aquel el río Colorado; y aunque encontró un Indio que le dió un ánsar muy grande, pero no hubo modo de hacer fuego para comerlo por no tener aquella playa mas que carrizos, por lo que se resolvió á las Rancherías, en las que le regalaron á su modo.

El día veinte y dos, siguiendo la corriente de aquella laguna grande, á breve rato empezó á ver gentes en Rancherías frecuentes, y así en ellas como en las que habia visto pasado el río, advirtió que nombraban mucho á Jesus, y á Maria, y lo enterrecia mucho el oír tan repetidos estos dulcísimos nombres; y aunque los mas los pronuncian bien, otros con gracia decian Mensus y Marria, y casi todos á Jesus añadian la palabra Azan, y oyéndola el Padre, les hacia señal al Cielo, y ellos hacian ademán como que eso mismo decian. Á las dos de la tarde anduvo como dos leguas y

media de despoblado, y continuando despues la Poblacion, le salian los Indios de la otra banda á mirarlo, y como á las cinco dió en otros Ranchos muy pobres, y concurriendo alguna gente le instaban para que fuese á la otra banda de la laguna, lo que no le pareció hacer. Día veinte y tres rehusaron los Indios acompañar al Padre hácia el Poniente, asegurando que eran sus enemigos, y saliendo solo, á breve rato fueron aquellos pobres á examinarle, pero no queriendo mudar de rumbo, le volvieron á dexar solo; con todo, tercera vez le decian muy apurados, que á donde iba: y repitiendo muchas instancias para que no siguiera para aquella tierra, viendo la inflexibilidad del Padre, le pusieron en camino, y aunque les ofreció un belduque, porque alguno le acompañase, ninguno oíó, y solo caminó entre Norte y Poniente, y halló seca una laguna, y por un grande mezuqital hácia una sierra prieta que está sola en el camino, vió un charco de agua dulce, y por tierra que tiene mucha sal, salió á un arroyo de muy profunda caxa, y no pudiéndolo vadear se quedó allí aquella noche.

Bastante tiempo y incomodidades tuvo para conocer la piedad con que aquellos pobres Indios se apuraban para vencer la tenacidad de querer ir por tan penoso como arriesgado rumbo; siendo mas digna de admiracion en unos bárbaros tan inhumanos, que salen á las Naciones vecinas á vender sus hijos, que los Yumas y Cocomaricopas compran por caballos, y son los que llaman Niforas: pero siguiendo el Padre sus designios, al siguiente día veinte y quatro caminó entre Oriente y Norte, y aunque vió muchos humos, no pudo conseguir que

el caballo caminara por el temor que tenia de entrar por unas lagunas saladas, y descubriendo otros humos al Oriente, se dió prisa en llegar á ellos; pero así que le vieron las Indias corrian huyendo, y saliendo los hombres le recibieron con mucho gusto, y le cortejaron con sus bayles y demostraciones de aprecio, lo que le fue al Padre de gran consuelo, por haber bautizado un párbulo muy enfermo. Al siguiente dia le instaban los Indios que no prosiguiese al Poniente; pero no conformándose, fue por un Pueblo grande, y dió con el arroyo antecedente; pero al siguiente dia ningún Indio quiso acompañarle por temor de la mala gente que habia por aquel rumbo, lo que el Padre no creía, y se fue solo andando todo el dia por tierras peores que el arenal sin agua; pues la que solia encontrar era mas amarga que la del mar: ya por la tarde se halló solo, sin agua y sin alimento alguno, y caminando llegó á la sierra sin encontrar el rio Colorado, en el que confiaba el socorro quando la sed le fatigara mucho, y andando toda la noche, volvió á salir al Pueblo grande de donde habia partido. Paró fuera de él por el pozo de agua que es la única que tiene; pero los Indios tuvieron mucho gusto de su venida, y le franquearon de sus comidas: En las largas conversaciones que con ellos tuvo, le dieron noticia de los Padres de California, de San Diego, y del Nuevo México, distinguiéndolos por los rumbos, y comprobando sus dichos con dar razon de la aguja náutica, de los espejos ustórios, de los hábitos y otras circunstancias: aquel dia le traxeron un niño muy enfermo, y lo bautizó con mucho gusto de sus Padres, y le ofrecieron otros muchos que, estando sanos, no pudo hacerles este

beneficio. Al otro dia, que era el veinte y ocho, salió para el Norueste, y habiendo andado todo el dia, prosiguió tambien toda la noche, sin descansar mas que hora y media, sintiendo mucho frio, y al amanecer reconoció la Sierra Madre, y en ella un puerto ó abra muy grande, que pensó sería la entrada del rio Colorado en el mar, segun los arenales y desiertos que descubria: anduvo como dos leguas al Oriente buscando agua, y no hallándola, le fue preciso volver al pozo que habia dexado, y al que llegó la mañana del dia veinte y nueve.

Luego concurrieron los Indios á verle y decirle que los Pimas lo llamaban, y estaban esperando con las bestias: para esto le brindaban con sus bastimentos y compañía, porque les habian encargado que lo cuidasen y volviesen por donde habian pasado el rio en las balsas, y que no pasase adelante, porque si le hacian daño otros, se les atribuiria á ellos. Tambien los Pimas vecinos á los Yumas les avisaron que saliese el Padre luego, porque si no, irian de las Misiones Soldados y Papagos á pelear, y por eso se apuraban tanto aquellos pobres, y mas quando el Padre les decia que queria salir por el Oriente; y haciendo con ellos pacto de que volveria al Pueblo, le ofreció un belduque á uno porque le llevara á ver una Nacion que llamaban Macueques, para donde salió el dia dos de Octubre, y se le agregaron otros dos; pero habiendo andado muy aprisa hasta el medio dia, sin duda concibieron miedo, y desistieron del viage, y le instaron por la vuelta, que executó con sumo disgusto.

Con estas detenciones y la voz que habia corrido, fueron concurriendo muchas gentes del Oriente, del Po-

niente, y aun del Sur, solo por ver al Padre y las cosas que llevaba, no siendo mas que el Breviario, el Cristo, y la Imágen de nuestra Señora; pero todo los admiraba, y no se cansaban de ver la aguja del Norte, el freno del caballo y demas cosas: ya estaba el Padre á caballo el dia tres, y ninguno queria salir con él por Poniente ni otro rumbo que el Sur, lo que se vió obligado á executar; y despues de haber caminado con los Indios, y tenido que sufrir sus reyertas, salieron con él á unas buenisimas tierras, y por los ruegos de los viejos solo condescendió en ver sus siembras, y se dirigió al Norte, y durmió aquella noche en sus mismas tierras. El dia quatro le guiaron por un bosque con muchos rodeos, para que sus enemigos no dieran con ellos, y puesto en camino le dixeran donde habia gente, y se fueron por el temor de ellos: ya solo caminó al Norte sin encontrar agua mas que la de un pozo muy verde: al otro dia solo arenales que atrasaban mucho al caballo, y ya desengañado de no haber visto agua dulce ni pastos, tirando al Oriente por buscar el rio Gila, anduvo todo el dia siete, y al ocho llegó á unos Ranchos, en donde conociendo estar cerca de los Yumas primeros que le aguardaban, bautizando una muchacha moribunda, determinó salir rio arriba, y á los dos dias llegó al campo en que habian peleado los Cocomaricopas, los Opas y Gileños contra los Yumas, de los que habian matado once.

El dia once prosiguió siguiendo el poblado, y conociendo á muchos llegó al sitio de las desgraciadas muertes, y vió mas de seiscientas personas divididas en tres corros: doscientas llorando, doscientas jugando, y los demas vagueando. El Padre se

se entró en un xacal en quadro, pero muy desmedido y nuevamente enramado: luego se compungió al ver llorando tantos, y por medio de un Pima viejo le preguntaron que si sentia las muertes de sus parientes; y valiéndose del mismo Intérprete, les afegó mucho el que siempre tuvieran guerras con las demas Naciones, pues era traza del Demonio, para que todos se perdieran, que por eso las sentia en su corazon, pero que solicitaria de su parte quanto pudiera, que vinieran Padres, para que repartidos entre todos los que eran enemigos, se hicieran las pazes, y todos vivieran como Christianos. No les disgustó la respuesta, y saliendo el Padre de aquella casa del llanto, se formaron los corros uno de plañidores gimiendo y sollozando, otro de cantores y bayladores, y el que rodeaba al Padre: aquí le dixeran los Pimas muchas historias y que los Soldados venian á buscarlo, porque pensaban que ya era muerto, y que estaban enojados contra ellos, y que allí cerca tenia Cartas del Capitan y de los Padres.

El dia doce dieron los Yumas fin á aquella especie de exéquias funerales ú honras, acabándose los llantos, juegos y bayles con poner fuego por todas partes al xacal ó enramada, y yéndose cada uno para su casa, al Padre le ofrecieron llevarlo á los Indios de Cujant, ó á Zúñiga en quatro dias de camino, y eligiendo lo primero por salir camino derecho á So-noaitac, volvió á desandar lo andado, y notando que los Indios andaban cuidadosos, y que le obedecian en todo, llegó á pensar que fuera por ser verdad lo que le habian dicho, y con ellos y sus balsas repasó el rio Gila el dia trece; pero luego se ofrecieron algunas requestas entre los Pimas y los

Yumas, sobre quienes habian de sacar al Padre, pero entendidas de él, reconcilió los ánimos con manifestar la igualdad con que los amaba á todos, y quiso que le acompañaran unos y otros. Con esta conformidad se comenzó el camino el día quince, y por las jornadas acostumbradas se dirigió el Padre á Caborea, para que los Padres y el Capitan lo viesen, y los Indios quedasen satisfechos del enojo que les habian dicho, y el día veinte y siete de Octubre dice el Padre concluyendo su Diario: «Poco á poco co-

CAPÍTULO XVIII.

Fúndanse Misiones á las Seris, y cruel muerte que los del Carrizal le dieron á su Ministro.

ANTES de baxar los Seris sublevados en el cerro Prieto y de sujetarse á las armas, á cuyo fin pasó el Illmo. Señor Visitador al quartel del Pitic, fue en su compañía el P. Fr. Mariano Buena, con solo el fin de quedarse por Ministro suyo en la Mision que se les debía poner; pero no habiendo baxado en aquella ocasion, despues de algunos meses lo hicieron, y viéndolos el Gobernador congregados y pacíficos, le pidió al mismo Padre Ministro que los instruyera y bautizara, á lo que se ofreció pronto; pero pidiendo las providencias necesarias para la fundacion de una Mision, como son la de la Iglesia, Ornamentos sagrados, Casa y manutencion del Ministro, y demas necesarios, le respondió que no tenia arbitrio para darlas y que ocurriría á México: era para esto necesario mucho tiempo, y viendo el Padre la demasiada demora, y la urgencia con que se debía atender á que aque-

miendo pitahallas regaladísimas, lle-
 «gué á Caborea ceñido con el pañuelo
 «lo de narizes, pues habiéndose ac-
 «bado la reata, hube de valerme del
 «cordon, y este como viejo tambien
 «se acabó: quando salí al viage estaba
 «malo y se me hinchaban las piernas,
 «y pensaba en salir á curarme, y aho-
 «ra estoy hasta la presente, gracias á
 «Dios, sin novedad chieca ni grande,
 «y así aunque no hubiera otro moti-
 «vo, basta para estos viages el ser
 «proficuos para vivir en San Xavier.»

los Indios no estuvieran sin Ministro, convino en que se les pusiera, y se lo encargó al P. Fr. Juan Chrisóstomo Gil, como á nuevo Presidente que habia nombrado el Colegio, por haberle repetidamente representado hallarse ya fatigado de los largos y continuos viages y trabajos que le habian causado los accidentes de que murió al siguiente año.

Deseoso el nuevo Presidente de satisfacer su propio zelo y las instancias del Gobernador, como á la necesidad que tenían del pan de la Doctrina aquellos miserables Indios; no obstante que no se habian dado las providencias de México, buscó de varios Bienhechores alguna cera y vino para celebrar el Santo Sacrificio, que es el único consuelo que en tantas aflicciones tienen los Misioneros, y con algun socorro para la manutencion del Ministro, destinó al P. Fr. Matias Gallo para que lo fuera, y los dos pasaron á la Rancheria de los Seris,

en donde no hallaron ni una choza en que abrigarse por estar ausente el Comisario que razonaba á los Indios; pero fiados en la divina Providencia, cuyo estilo es muy ageno de toda calumnia, tomaron posesion de aquella nueva Reduccion el día diez y siete de Noviembre del año de setenta y dos, lo que se hace notar, por ser el mismo de la fecha de la Carta en que el Señor Virrey le avisaba al Padre Guardian del Colegio estar asignado el síndico para la asistencia del Ministro, y le encargaba le diera el número de Vasos sagrados, Ornamentos y demas utensilios necesarios para la fundacion de la Mision.

No podia ésta satisfacer los deseos de los Misioneros de catequizar á todos aquellos Indios, porque aunque toda la Nacion baxó de paz, no era poca la porcion de ella que no podia oír la Doctrina Christiana; pues muchos se habian retirado á sus antiguas madrigueras, principalmente á la Isla del Tiburon, desde la que venian al Presidio de Horcasitas, y aparentando al Gobernador una grande fidelidad y obediencia, le instaban para no salir de su Isla, el que les diera un Padre que los bautizara, como á los que estaban en el Pitic, pero sin querer agregarse á ellos, ni dexar la rochela de su libertinage, y asilo de sus maldades; pues no podian tener otro interes en una Isla que no tenia comodidad alguna por carecer de agua, y de todas las demas circunstancias para poder poblarla: bien lo conocian así los Indios; pero para paliar sus intentos, pedian que en la costa fronteriza se les formara su Pueblo, y que allí se congregarian saliendo de la Isla. No era ménos inconveniente lo que pedian, pues registrada la costa, solo se halló en un carrizal un

corto ojo de agua, y toda la tierra como de playa, muy poca leña y ninguna madera; pero juzgaba el Gobernador que juntar en Pueblo á estos Indios, y no perder la ocasion en que lo pedian ellos, era negocio muy interesante á toda la Provincia; porque quedándose á su libertad en la Isla, quedaban expuestos á otra nueva sublevacion, y que se perdiera quanto se habia trabajado en pacificarlos.

Con este dictamen instaba al Padre Presidente que se fundase esta otra nueva Mision; pero viendo el Padre que el sitio carecia de todas las circunstancias que se deben atender en las nuevas poblaciones, y ser sumamente incómodo, y que la Mision no sería de provecho alguno, porque los Indios no querrian desamparar su Isla para sujetarse á doctrina, ni la Costa podria darles los alimentos necesarios por ser un arenal heriazo, con lo que sería preciso que el Rey los subsidiara siempre con los alimentos, ó que ellos con el pretexto de buscarlos anduvieran vagos, y sin la asistencia al catequismo. Estas, y otras representaciones le exponia el Presidente al Gobernador para que empleara sus facultades en hacer que aquellos Indios, pues pedian con tanta instancia el bautismo, se agregaran á los otros de su Nacion en el Pitic, en donde ya tenian Misionero; pero á ninguna accedia el Gobernador, y quando se altercaban tan pesadas contestaciones, resultó una sensible quexa que el Señor Virrey dió al Colegio, por haberle informado que los Padres Misioneros no querian ponerle un Ministro á los Seris.

Era esta una clara impostura, pues ántes que los Seris baxaran del cerro Prieto, ya estaba el Padre Buena en el Pitic con el Señor Visitador,

con solo el destino de ser su Ministro; quando ellos se dieron de paz, el mismo Padre se le ofreció al Gobernador para catequizarlos, y solo se demoró el ponerles Misionero por esperar las providencias de México, y sin haber llegado éstas, fue el Presidente y formó la Mision, dexando al P. Fr. Matias Gallo en su asistencia, y expuesto á las precisas necesidades de una total indigencia; y aunque le fue fácil al Colegio satisfacer á S. E.; pero sus hijos para libertarlo de semejantes bohornos, y que no se repitiesen tan extraños recursos, se ofrecieron para pasar al Carrizal, y el Presidente fue personalmente á fundar la Mision que el Gobernador pedía, y se verificó el día veinte y seis de Noviembre del año de setenta y dos, quedándose en ella de Ministro, sin mas compañía ni escolta que un mu-
hacho que llevó para que le sirviera de Acólito en el Santo Sacrificio de la Misa.

Con los mismos Indios Tiburones levantó el Padre un xacal que sirviera de Iglesia, y una pequeña choza de celda, y comenzando desde luego con el mayor amor á convocarlos para el catequismo, vió que los deseos que al Gobernador le mostraban de ser Christianos, no eran tan eficaces que por asistir á la Doctrina dexaran su Isla, pues solo algunos, y quando les parecia, venian de ella y asistian al rezo; pero como la congregacion á Pueblo era solo aparente, y en solos tres xacales de los mandones, así era tambien la instruccion que buscaban; y ó por razon del terreno, ó por fuerza de su genio ambulativo, lo que en ellos es casi necesario y mas propio que en otros Indios, por no tener ni en su Isla, ni en la playa territorios aptos para siembras, y ménos para la

estabilidad que constituye la vida civil y política, veía el Misionero que esta no podria nunca tener forma, ni estaba en su mano el establecerla, aunque era encargo que el Señor Virrey le hacia al Padre Guardian, diciendo en su Carta: »V. R. nombre un Padre Misionero en quien concurren las mas apreciables circunstancias, pues los recién pacificados Seris necesitan de un Ministro que los trate con mucho amor, y que zeloso se dedique á inclinarlos al cultivo de las tierras y demas ocupaciones, que insensiblemente les haga conocer los beneficios de la vida política, y sentir el fruto de la predicacion.»

Pero estos superiores anhelos, que pudieran ser factibles en los Seris del Pitic, eran casi imposibles en los del Carrizal; pues todo el fruto que el Misionero pudiera esperar de su modo de vivir, estaba reducido ó á algún párvulo, ó á algún adulto, que por especial auxilio catequizara en el artículo de la muerte: y para el remedio de tan infeliz estado, no tenia mas esperanza el Padre, que la de que de México fueran unas providencias, que proporcionando la estabilidad de la paz de aquellos Indios para el sosiego de la Provincia, con el conocimiento de su estado, se les proporcionara tambien un establecimiento que facilitara el logro de su pacificacion y bien de sus almas, que nunca pudieran verificarse dexándolos habitar en su Isla; pero todo se frustró en poco tiempo, por un improvisado suceso.

Consta de los autos que se formaron sobre él, para dar cuenta al Señor Virrey, la declaracion del General de la Isla del Tiburon: »que el día seis de Marzo de setenta y tres por la noche llegó á la Mision un

»Indio llamado Yxquis, y le dijo á un tio suyo, que los Indios Piatos, revueltos con los Apaches, venian á matar al Padre y á los Justicias, y que éste inmediatamente lo avisó, por lo que luego se retiraron todos al cerro, acompañándolos el Padre, y que á la media noche vieron arder la casa del Padre, y las tres de los Justicias, y ántes de amanecer despachó el Padre al General con otros tres á buscar las familias repartidas por el cerro, y que no pudieron volver hasta la noche, en la que un Indio les dió el aviso de que habian matado al Padre, y yendo al siguiente dia á buscarlo, lo halló muerto, y lo trajo para enterrarlo; y que estando en esto, llegaron dos Indios del Tiburon, cómplices en la muerte del Padre, y el General mandó que allí mismo los mataran, lo que brevemente executó el Gobernador, quitándoles las vidas á palos: declaró tambien que el que mató al Padre fue el Indio Yxquis, que ya habia entregado preso, por tenerlo bien averiguado: esto mismo confesó el reo, aunque con muchas mentiras, y que lo mató á pedradas, sin dar motivo alguno para cometer tan atroz delito. Al siguiente mes de Abril comunicó el Exmó. Señor Virrey esta noticia al Padre Guardian del Colegio, con una Carta tan patética, que por muchas razones debe la gratitud ingerirla en esta Crónica, como digna de perpetua memoria.

Carta del Exmó. Señor Virrey: »Considero el justísimo dolor que habrá ocasionado á V. R. y á esa santa Comunidad la noticia infausta de la lastimosa y violenta muerte del R. P. Presidente de las Misiones de Sonora Fr. Juan Christótopo Gil de Bernave. La pérdida de este Varon

»Apostólico, que rindió la vida á impulso de su ardiente caridad, es digna del mayor sentimiento; y si bien debe á todos consolarnos la consideracion de que hallaron en el Señor Omnipotente la gracia y el premio mas ventajoso las fatigas y fervientes deseos de aquel su zelosísimo Misionero, que penetrado dulcemente del amor á sus Neófitos, estaba resuelto á acabar sus dias entre ellos, segun lo afirmó, anunciándose acaso su próximo fin, en carta escrita al difunto Gobernador Don Mateo Sastre: no por eso dexaremos de sentir el triste suceso que ocasionó su falta, cumpliendo con los movimientos propios de la humana naturaleza, pero conformándonos al mismo tiempo con la voluntad divina.

Segun los avisos que me ha dado el Teniente del Presidio, no está comprendida toda la Nacion de Indios Tiburones en el sacrificio executado, pues á porfia han manifestado todos su dolor y ternura, acreditándolo en las diversas demostraciones de sentimiento con que dieron sepultura al cuerpo de su Padre Misionero, regando sus cenizas con lágrimas, cubriéndolas en señal de su amor con una tienda de campaña, y finalmente exercitando en este dolorosísimo acto la justicia de quitar la vida por disposicion del Gobernador de dichos Indios á dos de los cómplices que casualmente se presentaron, quando estaban empleados en las expresadas lúgubres demostraciones, como dando á entender, que de otra manera no podrían desahogar sus ánimos generosos y compasivos, ni aterrorizar y escarmentar á otros, sino con este exemplo: cuyas noticias doy á V. R. con la de que tambien he dispuesto

se traslade el cadaver del Padre Presidente, con la decencia que corresponde, á la Iglesia ó Capilla mas inmediata al lugar donde hoy está enterrado, para que en parte mitigue su justa pena, rogándole y encargándole nombre inmediatamente el Religioso que sea de su mayor satisfaccion para la Presidencia de las Misiones de Sonora, respecto á lo mucho que importa al servicio de Dios y del Rey el que haya un sujeto capaz de dirigirlos, y de llenar el hueco del difunto.»

En cumplimiento de los órdenes de S. E. pasaron al sitio del Carrizal el Gobernador interino y el Señor Cura del Presidio de San Miguel de Horcasitas, por ser la Iglesia mas inmediata á él, y despues de seis meses hallaron la sepultura del difunto P. Fr. Juan Chrisóstomo todavia cubierta con una tienda de campaña, distinguida con una Cruz, y bien guardada de los Indios: y exhumando el cuerpo, que se halló consumido, notaron no exhalar los huesos ningun fétido olor, y los colocaron en una caja prevenida al intento: en ella los condujeron al dicho Presidio, y el Padre Presidente nuevo Fr. Joseph de Caxa, les pasó á los dichos Señores un Oficio en que les suplicaba, que permitiesen el que se les diera sepultura en la Iglesia de la Mision de los Ures, para que ni en la muerte quedaran separados de sus Hermanos: condescendieron los Señores, y convocados los Misioneros mas cercanos, los condujeron á la Iglesia de la Mision, y el día siete de Octubre les hicieron los funerales de cuerpo presente, enterrándolos en el lado de la Epistola en el Presbiterio; y aunque al siguiente año renovaron sus tiernos afectos, haciéndole con toda la solem-

nidad posible otras fúnebres honras, parece que tendrá mejor lugar su expresion en el que le corresponda, quando se haga la especial y piadosa memoria, que los buenos exemplos de este Padre le adquirieron, para la fama póstuma con que es venerado en aquella Provincia.

No será extravio de la historia el reflexar en la justicia que por tan enormes delitos padecieron los reos. Tres constan en los autos declarados, dos que por cómplices en ellos, mandó el General de la Isla que les quitasen las vidas, y el otro, que como mas culpado, intentó la fuga arrojándose al mar, pero cogido fue presentado al Juez del Presidio, y despues de tres años murió impune de sus delitos; de suerte, que la causa de los dos juzgada por los Indios, en pocas horas fue bien averiguada, sentenciada y executoriada; y la del otro, aunque estaba convencido, y sin apremio alguno, le habia confesado al Gefe Español, que él habia matado al Padre á pedradas, ni pasados algunos años llegó á estado de sentencia. Esta reflexion hace venir á la pluma la observacion que Pedro el Grande, Czar de Moscovia, hizo poco antes de morir, sobre la ventaja que los Turcos hacen á los Christianos en la administracion de la Justicia: pues quando para aquellos, dos ó tres dias son bastantes para terminar el proceso mas importante, entre los Católicos qualquiera causa se demora muchos años; pero reduciendo la materia á las criminales, aunque es cierto que la procrastinacion en ellas, suele ser madrastra de la Justicia, y que por abreviarlas pueden no ser bien averiguadas; pero hay algunas tan atrozes é intergiverables, que por su misma enormidad, tambien los Christianos las determi-

nan en pocos dias. Recien cometido un delito y erimen de especial sevicia y fealdad, los Jueces zelosos se enardecen, y aunque no haya parte que pida, el Público irritado clama, y con facilidad se descubren los delinquentes, y se averiguan los delitos, conspirando todos á la mas severa vindicta.

De estos violentos impulsos consideró el Señor Fiscal penetrados los corazones de aquellos Indios, y en vista de su resolucion dixo: «que ilustrados con las luces naturales habian acreditado en ella los varios sentimientos que esta fatalidad hizo nacer en sus corazones, siendo uno de ellos el que el General de la Isla mandara quitar las vidas sobre el campo á los dos cómplices en la muerte del Religioso, que en él se presentaron: como que de otro modo no podian desahogar sus generosos compasivos afectos sino con tan riguroso castigo, ni satisfacer y vengar aquel territorio ofendido sino con aquel pronto escarmiento.» Pero como tales procedimientos no les tolerara derecho alguno sino en casos muy extraordinarios, pidió que al reo

preso se le substanciase la causa en toda forma, y prescribió una instruccion tan prolixa, y casi impracticable en aquellas tierras y circunstancias, por lo que al juicio humano pareció que por su demasiada lentitud, su demora fue la que hizo que despues de mucho tiempo muriera el reo sin que la causa se sentenciara; pero los efectos hacen pensar que esta providencia fue dictada primero en el reservado é inexcrutable gabinete de la divina clemencia; porque en la dilatada prision de aquel Indio, su bautismo, que era muy dudoso, se aseguró por el Cura del Presidio, despues de bien catequizado; pues desde que entró en ella, ó ya por faltarle el continuo ejercicio corporal en que vivia, ó la frugalidad de los alimentos agrestes en que se nutria, se fue consumiendo por una atrofia que lo extenuó y confirmó phtísico, logrando en sus síntomas la asistencia continua de un Misionero, que no lo desamparó hasta el último suspiro, el que le administró todos los Sacramentos, y quedó con mucho consuelo de verlo morir con todas las disposiciones de un buen Christiano.

CAPÍTULO XIX.

Renúnciase el Hospicio de nuestra Señora del Destierro, que el Colegio tenia en la Ciudad de la Puebla.

QUANDO son grandes los empeños no se debe caminar en ellos á ojos cerrados, porque es ley de la prudencia el que se pesen las dificultades en las balanzas de la razon, para proporcionar con su arduidad las fuerzas; pues no pocas veces se ha visto que siendo mas poderoso el peso que el que lo lleva, ha